

SERIE COMISARIO BUNETTI

# DONNA LEON

En el nombre del hijo

No hay peor crimen que no haber amado

Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Donna Leon

## En el nombre del hijo

Traducción del inglés por  
Maia Figueroa Evans

---

Título original: *Unto Us a Son Is Given*

© 2019 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-322-3481-1

Depósito legal: B. 2.421-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## 1

—Ya sabes que no me gusta entrometerme —le dijo el *conte* Falier a Brunetti—. Pero, dado que se trata de alguien cercano a mí, creo que no tengo alternativa.

Brunetti, que estaba sentado frente a su suegro en uno de los suntuosos sillones que llenaban el *palazzo* Falier, llevaba un rato escuchando al *conte*, consciente de lo que estaba costándole arrancar un relato que, a todas luces, quería que Brunetti conociese.

Lo había llamado esa misma mañana y le había preguntado si por la tarde, cuando fuese de camino a casa, tendría tiempo de pasar a tomar algo con él. Quería hacerle una consulta. La primera reacción del yerno, ya que se trataba de un día cálido de principios de primavera, había sido calcular la manera más fácil de ir a pie entre la *questura* y el *palazzo* sin quedar atrapado en ninguna de las rutas migratorias de los rebaños de turistas que a esas alturas de año ya eran habituales. Que el cielo estuviese despejado y la temperatura fuera agradable hacían imposible caminar por la Riva degli Schiavoni, y cruzar la plaza San Marco sería una auténtica locura. No obstante, los *vaporetti* que viajaban desde el Lido acostumbraban a

---

estar poco menos que atestados y no era demasiado difícil embarcar, así que, tras mandar a tomar viento su habitual reticencia a usar el transporte público cuando podía ir a pie, había aceptado la invitación, había cogido el número 1 hasta Ca' Rezzonico y había llegado pronto.

—No me gustan los chismorreos —insistió el *conte*, y Brunetti le prestó atención de nuevo—. Nunca me han gustado.

—En ese caso, te has equivocado de ciudad —contestó Brunetti sin malicia, y sonrió para acabar de suavizarlo—. Deberías evitar hablar con otros venecianos.

El conde respondió con una sonrisa amplia y relajada.

—Lo primero no es cierto, como bien sabes —dijo. Y continuó con una sonrisa aún más cálida—: Lo segundo puede que sí, pero creo que ya no puedo hacer nada al respecto. Es demasiado tarde. Conozco a los venecianos desde que era pequeño.

—¿No será uno de ellos la fuente del rumor sobre Gonzalo? —preguntó Brunetti.

Le llamaba la atención que su suegro estuviera dispuesto a comentar una habladuría sobre su mejor amigo, y por eso quería averiguar más.

—Así es. Un abogado. Pero da igual quién me lo haya dicho —añadió con la mano en alto, pensando tal vez que Brunetti se lo preguntaría—. Lo que importa es la historia en sí.

Brunetti asintió con la cabeza. Como la mayoría de los venecianos, se había acostumbrado a navegar en el mar revuelto de la información y desinformación que permeaba la vida diaria. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de sus conciudadanos, eso le proporcionaba poco placer. A lo largo de su tortuosa experiencia había

---

aprendido que gran parte de esa información no era de fiar. El Brunetti *commissario* de policía había oído historias tan escabrosas que se sonrojaba sólo de pensar en ellas, y el Brunetti lector conocía las descripciones de Suetonio en torno a los placeres que disfrutaba Tiberio. En cambio, el Brunetti pensador sabía lo propensos que eran los venecianos a exagerar las hazañas de aquellos a quienes no conocían, lo poco que se preocupaban por las consecuencias de lo que repetían alegremente y el escaso crédito que debían dar a esos comentarios.

Lo que la gente hacía le interesaba, eso era cierto; pero casi nunca confiaba en que realmente lo hubiesen hecho sin antes haber acumulado suficientes pruebas de ello. Así pues, fuera lo que fuese que su suegro había oído, Brunetti lo consideraba algo a verificar en lugar de una verdad incuestionable.

Mientras esperaba a que el *conte* decidiese cómo contárselo, Brunetti se acordó de una decisión que la familia había evitado y pospuesto durante años: qué hacer con la casa que tenían cerca de Vittorio Veneto. El *conte* y la *contessa* ya no la utilizaban, y la familia de Brunetti prácticamente había dejado de veranear allí. Mientras los Falier dudaban sobre qué hacer, el agua había empezado a filtrarse por las ventanas que daban al norte, y el guardés había anunciado que quería un aumento de sueldo considerable.

—No quiero hablar de la casa —dijo el *conte* como si le hubiera leído el pensamiento—, aunque es cierto que en ocasiones Gonzalo me la trae a la memoria.

Sorprendido por la comparación, Brunetti dijo:

—No sabía que a él le entrase agua en la cabeza.

El *conte* no hizo caso de la falta de seriedad de su yerno e insistió en explicarse.

---

—Tú los conociste a él y a la casa al mismo tiempo y has disfrutado de grandes momentos en su compañía. Ahora ambos muestran el efecto del paso del tiempo.

Amigo de sus suegros y padrino de Paola además de tío oficioso, Gonzalo Rodríguez de Tejada formaba parte de la familia Falier desde mucho antes que Brunetti. Había viajado desde Londres para asistir a la cena de su décimo aniversario de boda y les había regalado una pieza de alfarería con caligrafía cúfica; era del color pálido del desierto y del tamaño de una ensaladera, y Paola y él daban por sentado que la inscripción que decoraba el interior era un texto coránico. El instinto había llevado a Gonzalo a hacer montar la pieza dentro de una caja de metacrilato que se podía colgar de la pared, con la intención de evitar los accidentes y agresiones típicos de cualquier casa donde hubiera niños. Aún la tenían en el salón, entre las dos ventanas desde las que, a lo lejos, se veía la torre de San Marco.

Durante los últimos años, Brunetti y Gonzalo se habían cruzado en la calle de vez en cuando, o se habían visto en una tienda, o en una cafetería, y siempre se alegraban de pasar un rato agradable charlando con un café o un *ombra* delante. Apenas hacía unos meses que se habían encontrado por casualidad cerca de Campo Santi Apostoli. Al entrar en el *campo*, Brunetti había visto a Gonzalo, que caminaba hacia él saludando con la mano, y se había percatado de cómo su cabellera había ido mudando de hierro a nieve. No obstante, se acercaba con la espalda recta como la de un instructor militar y la mirada de un azul penetrante, posible herencia de algún invasor nórdico de la península ibérica.

Después de abrazarse y de decirse lo contentos que estaban de verse, el anciano había añadido, en un italiano libre de todo acento, que llegaba tarde a una cita y no

---

podía detenerse a charlar, pero que saludase a Paola y a los niños de su parte y les diese besos a todos.

Le había acariciado la mejilla, un gesto afectuoso característico de él, y había insistido en que debía marcharse. Entonces se había apresurado hacia Fondamente Nuove y hacia el *palazzo* donde vivía. Brunetti se había quedado allí viéndolo marchar, contento de haberlo visto, como siempre que se cruzaba con Gonzalo. Tras reemprender el camino, se había detenido sin motivo alguno a mirar de nuevo al hombre que se alejaba entre el gentío, y había buscado una figura que se moviese deprisa. Al principio no había dado con él, aunque enseguida había visto una silueta alta que se retiraba poco a poco, con la cabeza gacha y un brazo en jarra, la mano en un costado como para paliar algún dolor secreto. Brunetti había apartado la mirada de inmediato, como si hubiera sorprendido a Gonzalo haciendo algo vergonzoso y no quisiera ser testigo de ello.

Salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que el *conte* lo observaba con atención.

—¿Cuánto hace que no lo ves? —preguntó éste.

—Hará un par de meses, quizá un poco más —respondió Brunetti—. Nos encontramos en Santi Apostoli, pero sólo nos saludamos.

—¿Cómo lo viste?

—Igual que siempre, diría yo.

Aunque automática, la respuesta le ahorra al hombre mayor tener que escuchar que su amigo había sucumbido a las fuerzas que los acechaban a ambos.

Sin mirar a su suegro, Brunetti estudió el retrato de un joven caballero que colgaba de la pared opuesta y sintió que éste le devolvía la mirada. Con juventud vibrante y una musculatura que pedía a gritos liberarse de la quie-



---

tud que exigía la pose, el sujeto tenía la mano izquierda apoyada en la cadera y la otra en el pomo de su espada. Sin duda, se trataba de algún antepasado de Paola, algún Falier de antaño que había muerto en una batalla o por alguna enfermedad o por beber demasiado, y había dejado esa imagen de sí mismo como testigo de lo que había sido.

Usando la imaginación, Brunetti reconoció algunos de los rasgos de Paola en el rostro del joven, si bien el transcurso de cientos de años había suavizado los ángulos de los de su esposa y había relegado aquella mirada de halcón buscando presa a los momentos de ira repentina.

—¿De verdad no tuvisteis tiempo de hablar?

Brunetti negó con la cabeza.

El *conte* bajó la mirada, apoyó las manos en los muslos y se las miró. Brunetti pensó que su suegro aún era un hombre muy agraciado y aprovechó la oportunidad que le brindaba su distracción para observarlo mejor. Lo sorprendió darse cuenta de que su suegro había menguado desde la última vez que se habían visto. O, mejor dicho, desde la última vez que había prestado atención a su aspecto. A pesar de que tenía los hombros más estrechos, la chaqueta aún los abrazaba con suavidad. Pensó que quizá la había llevado al sastre, aunque enseguida se dio cuenta de que tenía las solapas nuevas y, por lo tanto, tenía que ser acabada de comprar.

El *conte* siguió estudiándose el dorso de las manos como si buscara en ellas alguna respuesta, hasta que miró a Brunetti y habló:

—Tu situación siempre es ambigua, ¿verdad, Guido?

Brunetti se preguntó si se trataba realmente de una pregunta o era una afirmación. ¿Se refería a la diferencia de rango entre él, hijo de un hombre de clase baja cuya vida era una lista de fracasos, y su esposa, hija del *conte*

---

Falier y heredera de una de las mayores fortunas de la ciudad? O quizá se refería a la separación entre su responsabilidad profesional y las exigencias que le imponían la amistad y el amor. O de su situación como *commissario* de policía con lazos familiares con el hombre al que miraba en ese instante y cuyos negocios quizá no pudieran someterse a escrutinio.

Reticente a preguntar a qué parte de su vida se refería, Brunetti intentó ganar tiempo.

—Creo que muchos tenemos vidas ambiguas. El mundo en que vivimos así lo exige.

El mayor de los dos asintió y movió las manos a los reposabrazos del sillón, donde descansaron con comodidad.

—Recuerdo que cuando Paola estaba estudiando en Inglaterra vino unos días de visita. Casi todo el tiempo que estuvo aquí, lo pasó leyendo un libro para hacer un trabajo.

Su expresión se suavizó al pensar en su única hija haciendo los deberes.

Brunetti esperó, pues conocía el ritmo narrativo de su suegro.

—Hasta el tercer día no habló del libro ni de lo que quería escribir en el trabajo.

—¿Qué dijo? —quiso saber Brunetti, y se preguntó por qué nos interesan tanto las experiencias pasadas de nuestros seres queridos.

—Que yo debía leerlo —reveló el *conte*—. Y lo intenté, pero después de que ella regresase a Inglaterra. —Meneó la cabeza como si estuviera a punto de confesar—. Esas cosas no me atraen. Era un libro sobre religión y no pude con él.

—¿Cuál? —preguntó Brunetti con curiosidad por las lecturas de Paola cuando estudiaba.

---

—*La nube del no saber* —respondió el *conte*, e hizo una pausa—. Siempre me ha parecido un título maravilloso para una autobiografía. La de cualquiera.

Sonrió, y Brunetti le devolvió la sonrisa y dejó pasar unos instantes. Al final decidió que él sí quería saber y que le daban igual las consecuencias.

—Bueno, me hablabas de Gonzalo.

—Sí.

—Diría que estás preocupado por él.

El *conte* asintió con la cabeza. Apretó los reposabrazos un segundo y después los soltó; sin embargo, la tensión se desplazó a su rostro. Entornó los ojos.

—Gonzalo es mi mejor amigo. Estuvimos juntos en el internado. —Hizo una pausa para mirar a Brunetti y se sorprendió diciendo—: Dios mío, de eso hace ya más de sesenta años.

—¿Dónde fue?

—En Suiza. Mi padre quería que yo viviese una temporada en otro país.

—¿Por algún motivo en especial? —Brunetti sentía curiosidad por el pasado de su suegro y quería asomarse al agujero negro que era su vida.

—Según él, quería que aprendiese francés y alemán. En aquella época nadie valoraba el inglés —explicó—. Sin embargo, creo que más bien fue un ardid. Quería apartarme de las compañías que yo frecuentaba entonces.

—¿Y eso?

El *conte* alzó ambas manos, como si pretendiese convencer a un atacante de su inocencia.

—Creo que no le gustaban las ideas políticas de algunos de mis amigos.

Al oír la respuesta, Brunetti retrocedió a un periodo histórico que precedía a su nacimiento, pero no le venía a

---

la mente ningún problema político que pudiera haber afectado a la nobleza. Por aquel entonces, las Brigadas Rojas aún vestían pantalón corto y el auge económico arrastraba al país hacia el futuro.

—¿Y funcionó?

El *conte* sonrió y miró por la ventana que Brunetti tenía detrás.

—Aprendí idiomas. Y también otras cosas.

—Dices que allí conociste a Gonzalo —le recordó Brunetti, que quería saber más sobre la conexión.

El rostro del *conte* se suavizó con una sonrisa.

—Él me enseñó a esquiar.

Brunetti se percató de que eso era todo lo que averiguaría sobre el joven Gonzalo. La sonrisa de su suegro perdió algo de lustre, pero otro recuerdo la reavivó de golpe.

—También me enseñó a hacer trampas jugando al póquer. —Se rio con placer infantil y, antes de que Brunetti pudiera hacer más preguntas, continuó—: Me dijo que era para que me diese cuenta si alguien intentaba engañarme.

—¿Y eso sucedió?

—No jugando a las cartas —respondió el *conte* Falier, y no ofreció más explicaciones—. Pero las señales que Gonzalo me enseñó se usan también en otros juegos.

—Muy útil —convino Brunetti.

—Mucho más que esquiar —observó el *conte*, y añadió—: Sobre todo, en mi profesión.

«Sabe Dios qué profesión será ésa», pensó Brunetti, pero dejó pasar la idea sin que su expresión lo delatase. Recordaba haberle preguntado a Paola, no mucho después de conocerla, a qué se dedicaba su padre. Aún no sabía que ella había heredado el sentido del humor de la niñera inglesa que había tenido ni que más tarde lo había

---

desarrollado durante los cuatro años de universidad en Oxford, así que se sorprendió al oírla decir: «Se sienta en su despacho del *piano nobile* del *palazzo* y hace llamadas». Al darse cuenta de que ella hablaba en broma y en serio a la vez, de que le había dicho la verdad pero con cierto sesgo, Brunetti se había acordado de su propio padre, que pasaba los días en casa, esperando sentado a que llegara alguien a ofrecerle trabajo descargando barcos en el puerto. En ese momento ya era consciente del abismo que separaba a sus familias: ella era hija de un conde y de una descendiente de príncipes florentinos, mientras que la madre de Brunetti había abandonado la escuela a los doce años y su padre era un soñador empedernido, malogrado por los años que había pasado como prisionero de guerra.

Brunetti observó el rostro de su suegro, consciente de todo el espacio que le ocupaba la nariz.

—¿Durante cuántos años estudiasteis juntos? —preguntó.

Le llamaba la atención que ese hombre hubiera sido un estudiante adolescente en algún momento. O, simplemente, un adolescente.

El hombre soltó un fuerte suspiro carente de dramatismo.

—Cuatro. Desde los quince hasta que cumplí los diecinueve y me marché a la universidad.

El *conte* se había hundido en el sillón mientras hablaba, pero enseguida se enderezó y miró a Brunetti con aire despierto.

—Cada vez estoy más charlatán, ¿verdad, Guido? —preguntó de buen talante, sin avergonzarse.

—De eso nada, Orazio. El pasado siempre es interesante.

---

—El pasado lejano, tal vez —repuso el *conte*, y se inclinó para darle una palmadita en la rodilla que pretendía reforzar la afirmación.

Brunetti pensó en cuánto tiempo había pasado desde el día en que se compró un traje nuevo para hablar con el hombre que había pedido conocer al joven que quería casarse con su hija. Le pareció una eternidad. La ropa le había supuesto un gasto que consideraba tan desmesurado que no había comprado zapatos nuevos a juego. Aún no era *commissario di polizia* y debía mantener a su madre viuda, así que resultaba un pretendiente muy pobre, en todos los aspectos. Él lo sabía, no podía hacer nada al respecto y, no obstante, había accedido a una reunión que pensó que arruinaría todas sus esperanzas.

Recordaba el momento en que había entrado en el edificio por primera vez. La empleada lo había recibido con una pequeña reverencia y lo había acompañado al primer piso, donde se detuvo ante una puerta y llamó con los nudillos antes de abrir y hacerlo pasar.

Brunetti había reconocido al *conte* al instante, un hombre con el que había compartido espacio durante muchas horas. Vio el pelo blanco, los ojos marrones y la boca severa. El *conte*, tan sorprendido por reconocer a Brunetti como por que el joven lo reconociera a él, se acercó y le estrechó la mano con amabilidad.

—Eres el joven que ha estado leyendo sobre Adriano —había dicho, y le había dado un leve apretón afable en el hombro.

—Sí, señor —tartamudeó Brunetti, a falta de algo mejor que decir, aunque tuvo el buen juicio de añadir a continuación—: ¿Cómo sabe lo que estoy leyendo?

—Me lo ha dicho el bibliotecario. Somos viejos amigos.

---

—¿Qué más le ha dicho? —inquirió sin pensar.

Quizá le hubiera dicho que su hija se había sentado con él una tarde y que habían bromeado sobre la dificultad de pasar la página sin soltarse de la mano.

El *conte* Falier había dado media vuelta sin responder y lo había conducido a un sillón mullido antes de sentarse en el de delante. Cuando ambos se habían acomodado, el *conte* habló:

—Sólo los títulos de los libros que has pedido a lo largo de las últimas semanas.

Brunetti repasó los títulos con la esperanza de que estuviesen a la altura: Dion Casio, *La historia augusta*, Filóstrato y Pausanias. La copia de las cartas de Frontón, con sus comentarios ambiguos sobre Adriano, parecía haber desaparecido de la biblioteca.

—Me ha dicho —continuó el *conte*— que has demostrado mucho interés por Adriano.

La confusión de Brunetti aumentó. Había ido allí a hablar de su hija, no de un emperador romano del siglo II. Se dio cuenta de que le sudaban las manos, pero no podía secárselas en los pantalones nuevos.

—¿Eso le llama la atención, *conte*?

—Por supuesto —respondió el hombre con seriedad—. ¿Te importaría decirme qué te interesa de él?

—Es por Paola —respondió Brunetti antes de pensar. Al advertir que esa contestación no era clara, añadió—: Me habló de él, y me pareció que estaba siendo demasiado entusiasta.

Reparó en que, dicho de ese modo, era como si Paola le hubiera hablado de un conocido de ambos, un rival, quizá, y que él había actuado por celos. Quiso arreglarlo.

—Eso si lo que he leído sobre él es cierto.

—¿Y qué has leído? —preguntó el *conte*.

---

Brunetti quería interrumpir la conversación para preguntar por qué lo interrogaba sobre sus opiniones y si la respuesta serviría como prueba de que no era adecuado para casarse con la hija de aquel caballero. Pero prefirió contestar a la pregunta.

—Señor, soy policía, así que me he acostumbrado a leer cualquier texto sobre el comportamiento de las personas como si fuera un informe policial.

—Vaya —dijo el *conte* con una sonrisa—. ¿También en el caso del emperador Adriano?

Tuvo la amabilidad de sonreír, y su interés parecía sincero.

Brunetti pensó que la pregunta merecía una respuesta seria.

—Lo conocemos como uno de los cinco buenos emperadores, pero yo diría que hay algo raro en la historia de su adopción por parte de Trajano y en el proceso de sucesión. Luego están los senadores que eliminaron justo después de que lo coronasen emperador, hombres que se oponían a él o eran enemigos confesos.

El *conte* había asentido despacio, como si le hubieran pedido que examinase una historia conocida desde otro punto de vista.

—¿Ése es el único motivo para interesarte por él?

Brunetti había dudado, se había llevado la mano a los labios y había mirado por la ventana que tenía delante.

—Paola está leyendo un libro sobre él. Una novela. Una novela epistolar. Y, según lo que me ha contado, el héroe parece una mezcla de Marco Aurelio y san Francisco, pero en versión charlatán. No para de hablar de lo reticente que es a ir a la guerra, pero siempre está dispuesto a enviar soldados a saquear y quemar.

Eso era más o menos lo que le había dicho a Paola,



---

aunque no por ello había disminuido su entusiasmo por el libro o por Adriano.

El *conte* había sonreído antes de reírse.

—Cuando era más joven, nunca le impedimos leer lo que ella quisiera; pero, ahora que es mayor, me gustaría que no hubiera dejado la novela británica de lado para perder el tiempo con estas patochadas francesas que no tienen pies ni cabeza.

—¿Usted ha leído el libro? —preguntó Brunetti, incapaz de contener la sorpresa.

—Hace una eternidad y sólo algunas páginas —admitió el *conte* como si hubiera sido la decimotercera prueba de Hércules—. No es fiel a la historia en absoluto y es de una tontería pretenciosa. *La historia augusta* contiene el mismo grado de ficción, pero es mucho más entretenido y está muchísimo mejor escrito, ¿no crees?

Mientras Brunetti trataba de recordar las palabras exactas con que había contestado hacía tantos años, oyó una voz que lo llamaba.

—Guido. Guido...

Dejó atrás esa reflexión pasada sobre un tiempo aún más lejano y contempló el presente. Su suegro le tendía una mano.

Brunetti sonrió.

—Disculpa, Orazio. Estaba pensando en nuestra primera conversación. —Miró aquella estancia tan familiar—. Fue aquí, ¿verdad?

El *conte* asintió.

—Me alegro de haber pasado la prueba —dijo Brunetti, que llevaba todos esos años sospechando que la vieja conversación sobre Adriano seguida de un café y una charla que ya no recordaba habían sido el primer paso hacia su felicidad actual.

---

Su suegro sonrió y abrió las manos en señal de bienvenida.

—Yo también, Guido. —Su expresión cambió de repente y perdió toda afabilidad—. Quiero que hagas con Gonzalo como hiciste con Adriano.

La brusca vuelta al tema original de la conversación confundió a Brunetti durante unos instantes.

—¿Qué quieres decir?

—Piensa como un policía.